

Roberto, que tenia un gran fondo de Religión, como podremos observar en este asunto, delegó desde luego á una persona que se presentase en su nombre al Sumo Pontífice, y eligió por su negociador á un Santo, esto es, á Abbon de Fleury, que desaprobaba el casamiento del rey. Iba encargado al parecer de prometer que Roberto se separaría de Berta, y á suplicar que concediese su Santidad tiempo al príncipe para tomar las disposiciones necesarias con respecto á esta princesa que era hija de Conrado, rey de Provenza y de la Borgoña Transjurana, y estaba además enlazada con las casas mas poderosas del imperio francés. No vaciló el Papa en acceder á una petición tan justa, pero sin dejarse engañar, y sin dejar de promover la ejecución de lo que habia prometido el enviado. El rey por el contrario, seducido por su pasión, y obedeciendo mas bien á esta que á los consejos de la política, solo pensaba en diferir el cumplimiento de sus promesas, al mismo tiempo que las reiteraba cada dia.

Por último, el Papa, á quien corresponde de derecho velar por la observancia de los cánones, juntó un Concilio en la iglesia de San Pedro (998), y se resolvió en él, pena de anatema, que el rey Roberto se separase de Berta, é hiciese penitencia por espacio de siete años (1). Cuando supo Roberto esta noticia, vióse combatido por los dos sentimientos mas poderosos, pues por una parte manifestaba mucha piedad, y por otra amaba con ternura á una esposa en cuya compañía no podia vivir sin faltar á la Religión. Quiso conciliar dos disposiciones tan incompatibles; y careciendo de suficiente valor para romper sus lazos, se sujetó á la sentencia fulminada contra él. Pedro Damiano afirma que este

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 772.

príncipe fué efectivamente excomulgado, y que los franceses le miraron con tanto horror por semejante censura, que evitaban todo trato y comunicacion con su rey (1); de suerte que no le quedaron mas que dos criados, y aun estos cuidaban de purificar con el fuego todos los muebles de que se servia para comer y beber. Este autor, que escribia como unos sesenta años despues del suceso, añade que nació un monstruo de este matrimonio incestuoso, lo que parece estuvo persuadido tambien el rey Roberto, segun se infiere de su arrepentimiento y docilidad. En el mismo año de 998, sometiéndose á una ley que le obligaba como al último de sus súbditos, y dando con su sumision un grande ejemplo á su pueblo, se separó por fin de Berta, confesó públicamente su pecado, y se esforzó á expiarle con sus lágrimas y con grandes austeridades. A fines del año se casó con Constanza, hija de Guillermo, conde de Arlés, princesa virtuosa que coadyuvó á sus designios por el bien de la Religión; pero cuyo genio imperioso acibaró mas de una vez la vida privada de este buen rey, y causó grandes turbulencias en los asuntos públicos.

El reinado de este príncipe, despues de su generoso sacrificio, fué una continuada serie de buenas obras. Edificó hasta catorce monasterios, y entre otros los de San Agnano y San Vicente en la ciudad de Orleans, de donde era natural, y en la que le habian bautizado y coronado rey; el de San German en Laya, y el de Nuestra Señora de Poissi. Mandó edificar tambien otras ocho iglesias, y regaló á una infinidad de ellas vasos y ornamentos preciosos. Su costumbre laudable, y favorita era contribuir con toda magnificencia al culto divino y hacer celebrar dignamente el augusto Sacrifi-

(1) Petr. Dam. Epist. 5 ad Desid.

cio de nuestros altares, en que parecia que la viveza de su fé le mostraba al Hijo de Dios en su gloria; mas bien que bajo una forma estraña. Complaciase del mismo modo en honrar y adornar con esmero y primor las reliquias de los Santos. Habiéndose descubierto en su reinado las de San Sabiniano y San Potenciano, apóstoles de Sens, hizo que se colocasen en una urna de oro y plata guarnecida de piedras preciosas, y la llevó él mismo en sus hombros con su hijo Roberto, en medio de un concurso prodigioso, no solo de las Galias, sino tambien de Italia y de los países ultramarinos. Mostrábase la piedad del monarca en todas las ocasiones que se ofrecian. Pasaba velando y orando todas las noches de Navidad, de Pascua y de Pentecostés. Dormía en el suelo desde Septuagésima hasta Pascua, y pasaba la Cuaresma en peregrinaciones; rezaba todos los dias el Salterio; asistia á todos los oficios eclesiásticos, y movido de una devocion muy distante de las ideas de nuestros dias, pero que en aquellos tiempos producía un grande efecto, cantaba en él facistol en ciertos dias solemnes revestido de una capa de coro y con el cetro en la mano. Enseñaba á los demas las lecciones, las antifonas y los himnos, y fué autor de algunas de estas composiciones que se cantaron públicamente en las iglesias. Cuentan en este número, aunque sin ningun fundamento, la prosa que se dice todavia el dia de Pentecostés, y que compuso el Papa Inocencio III (1). Con mas razon se le atribuye el himno que se halla en algunos breviarios, y empieza por estas palabras: *O constantia martyrurum*, escrito para reirse de la vanidad de la reina Constanza, que pretendia ser elogiada en verso, y como no entendia el latin, quedó muy satisfecha oyendo su nombre.

(1) Art. de verif. las dat. RR.

Su caridad igualaba á su piedad. En Paris, en Orleans y en las otras ciudades donde residía, sustentaba por lo comun trescientos pobres, y algunas veces mil. Aumentaba en Cuaresma sus limosnas, y además de la comida hacia distribuciones en dinero. El jueves Santo servia de rodillas á los pobres, les lavaba los pies, daba doce dineros de plata á cada uno, y dos sueldos á los que eran eclesiásticos. Servia con mas complacencia á los enfermos mas asquerosos. Les regaba las úlceras con sus lágrimas, y curó á muchos solo con tocarlos, siendo este, segun varios autores, el primer origen del antiguo privilegio atribuido á los reyes de Francia de curar los lamparones. La caridad y bondad de Roberto degeneraron algunas veces en excesos que no dejaban de admirar, atendido el principio de que procedian. Estando orando en una iglesia, le cortó un pobre la mitad de la orla del manto, y preparábase ya á llevarse lo restante cuando lo advirtió el rey, y le dijo: «Amigo mio, basta eso para tí, lo demas podrá servir para otro.» Viendo en otra ocasion á un eclesiástico robando un candelero de su capilla, no le habló palabra por no deshonrarle; pero sabiendo que la reina, mucho menos indulgente que él, estaba empeñada en averiguar quién era el ladrón para castigarle de muerte, le llamó, le dijo que huyese al punto con lo que habia robado, y le dió dinero para facilitarle la fuga.

Fijaba principalmente su atención en que fuesen elegidos buenos obispos. Cuando vacaba una Silla, pensaba desde luego en proveerla, y recomendaba con particular cuidado el que no atendiesen tanto á la nobleza del sugeto como á su virtud y doctrina. Esto escitó el descontento de los grandes, quienes se hacian por la mayor parte dueños de las elecciones, á ejemplo de los reyes, y para las prelacías querian únicamente personas de su familia; mas nada de

esto bastó á hacerle variar de sistema. Hubo algunos movimientos mucho mas peligrosos bajo el gobierno de un rey que miraba mas por el servicio de Dios que por el suyo propio; pero en medio de ellos fué su mas firme apoyo aquella misma bondad que á las veces perjudicó á su poder. El amor, mas poderoso que el temor servil en la buena índole de sus vasallos, y su equidad, preciosa para sus vecinos, le proporcionaron una defensa mucho mas segura que la de las armas. No era cobarde; pero prefirió siempre una paz útil á una guerra gloriosa, queriendo mejor tener por amigos á los principes de su tiempo que no por rivales ó admiradores. Asi es que conservó imperturbable amistad con todos los soberanos inmediatos á sus Estados, á saber: con el santo emperador Enrique, segundo de este nombre y sucesor de Othon III; con Ethelredo, rey de Inglaterra; con Raulo, rey de Borgoña; y con Sancho, rey de Navarra; política cristiana y sólida, que á pesar de la dulzura excesiva del rey Roberto y de lo difícil de las circunstancias, mantuvo á los grandes del reino en el debido respeto y en el cumplimiento de sus obligaciones. Tal fué la constante conducta de este buen principe, despues que se levantó de una caída en que tuvo menos parte su propia debilidad que la ignorancia ó la prevaricacion de algunos prelados que se la legitimaban.

No tuvieron tan dichoso fin los desórdenes de Veremundo ó Bermudo II, rey de Leon (1). Habia abandonado este principe á su esposa legitima por casarse con otra, y se entregó á un concubinato incestuoso con las dos hermanas. Miróse como un castigo de este escándalo, y de las violencias cometidas contra los obispos, una larga sequia de que resultó el hambre en sus Estados, y principalmente la irrupcion que hi-

(1) Roderic. lib. 1.

cieron en ellos los moros, y eso que estos tenían un gefe como el caudillo Issem, rey de Córdoba. Mas este principe, á quien llamaron el Desidioso los mismos sarracenos, tenia un ministro muy distinto en Mahomet Almanzor, que levantó un ejército muy poderoso aumentado con algunos señores españoles, á quienes habia maltratado el rey Bermudo. Sitió Almanzor á Leon, y aunque esta ciudad se defendió cerca de un año, al fin la tomó por asalto y la arruinó enteramente (990). Penetró desde allí en Portugal, donde lo llevó todo á sangre y fuego, entró en Galicia, se apoderó de la ciudad de Santiago, la saqueó y despojó todas las iglesias sin exceptuar la del patron de España (997); en una palabra, en los doce años que sostuvo guerra contra los cristianos, los redujo á un estado comparable con los desgraciados tiempos de la primera entrada de los árabes en España (a).

(a) En la nota de la página 90 hablamos ya de la elevacion de Bermudo II, llamado el Gotoso, á causa de la enfermedad de gota que padecía. En los principios de su reinado manifestó mucha prudencia en el gobierno, confirmó las leyes godas del rey Wamba; mandó que los cánones de los Pontífices romanos tuviesen fuerza y vigor en los juicios y pleitos seculares; que fué, dice el P. Mariana, una ordenacion santísima; amó la Religión, la piedad y la justicia, y castigó indistintamente todo género de vicios. Por desgracia afeó y obscureció su gloria con su lujuria y á las veces con su crueldad, lo cual es tanto mas de sentir cuanto que aun en medio de sus vicios conservaba siempre ardoroso celo por defender sus Estados y su Religión, y aun habría llegado á ser uno de los mejores reyes á pesar de haber tenido que habérselas con un enemigo tan poderoso y terrible como el general more Mahomad Almanzor. Habia principiado este en el año 990 á invadir y devastar las provincias cristianas, recorriendo con asombrosa rapidez la Cataluña, Aragon, Navarra, Galicia, etc.; pero todavía no se habia atrevido á la ciudad de Leon hasta el año 994, gastando los anteriores en quitar estorbos del paso, arrasando las fortalezas de Simancas, de Zamora y otras, dejando por allí puerta franca pasado el Duero. En la primavera pues de 994, fiado Almanzor en el grande número de guerreros que tenia, marchó para Leon resuelto á apoderarse de esta ciudad. Sabedor de ello D. Bermudo, procuró prevenirse cuanto pudo, á pesar de hallarse entonces muy aquejado de la gota; y ni aun quiso dejarse sitiar en Leon por el feroz enemigo, sino que le salió al encuentro hasta el Ezla en el confluente de Benesga y Torio. Acometióle pues con sus secuaces, y con tanta valentía que del primer ímpetu desordenó de tal modo á los enemigos que empezaron estos á huir por todas partes. Quisiéronles

Brillaban en este pais dos prelados ilustres por sus virtudes, esto es, San Froilan, obispo de Leon, y Sin Atilano de Zamo-

ra (1). Habian uno y otro renunciado desde los primeros años de su edad juvenil todas de esto, echóse el moro sobre Castilla y saqueó á Berlanga, Osma, Atienza, Alcocer y todos los lugares abiertos. A los que no ocupó les impuso tributos anuales, y juntando riquezas sin cuento se volvió á Córdoba á fines del otoño. En esta jornada de Almanzor parece sucedió la muerte de D. Garcia Fernandez, conde de Castilla, entre Alcocer y Berlanga. Quiso con un ejército reducido, pero resuelto, oponerse á los rápidos progresos de Almanzor; pero fué herido de dos botes de lanza y murió prisionero pasados dos dias. Llevóse Almanzor el cadáver á Córdoba como en triunfo, y los cristianos pecheros que en ella habia consiguieron darle sepultura. Mas adelante fué rescatado y enterrado en San Pedro de Cardena. Sucedióle en el condado su hijo D. Sancho Garcia, que ya de algunos años atrás parece lo pretendia por traicion y fuerza. «En la primavera de 997 hé aqui que Almanzor amaneca con ejército formidable por Lusitania y Galicia. Tomó por armas á Coimbra, Viseo, Lamego, Braga, Tuy, Montemayor, Oporto, con otras fortalezas, castillos y plazas importantes, dejando en ellas competentes guarniciones. Entró luego en Galicia, llevándola en general á sacomano. Arrastrado de la misma riqueza que su imaginacion le fingia depositada en la iglesia Compostelana, corrió á desnudarla con ánimo de profanar el sepulcro del Apóstol; pero no lo pudo poner en obra. Un repentino rayo de luz celeste le deslumbró los ojos y mente de forma que se apartó huyendo de aquel lugar sagrado, como fuera de sí mismo y sobrecogido de espanto. Ni paró aqui la pena de su mal intento. Cogió á todo su ejército una pertinaz diarrea, disenteria y aun pestilencia, tanto que morian á millares. Hubo, pues, Almanzor de levantar el campo arrebatadamente y retirarse á Córdoba con los que le quedaban antes que le llegara el contagio.» Asi el señor Ortiz, conforme en esto con los demas historiadores; pero esas palabras son tanto mas notables en Ortiz y deben hacer tanta mayor impresion cuanto que ese historiador parece en muchos otros lugares muy poco propenso, si es que no abiertamente opuesto, á reconocer la proteccion dispensada por Santiago á los españoles especialmente en las batallas contra los moros. «Pero para memoria de esta jornada se llevó algunas campanas de la iglesia de Santiago y las hizo servir de lámparas en su oratorio. D. Juan de Ferreras escribe que fueron las puertas del templo las que se llevó Almanzor y no las campanas, sin citar autor antiguo que lo diga. Sabemos que D. Fernando el Santo hizo restituir en hombros de moros desde Córdoba á Compostela estas mismas campanas.» Asi Ortiz; y sin duda San Fernando las hizo conducir en hombros de moros á Compostela, porque segun otros historiadores Almanzor las condujo á Córdoba en hombros de cristianos. Tambien Morales dice que se llevó Almanzor las puertas de la iglesia del Santo Apóstol, y añade que las puso en las vigas de la mezquita tambien por trofeo, y estas, como inútiles ya por la vejez, no se volvieron cuando las campanas; y asi se ven el día de hoy clavadas en las vigas de la iglesia mayor de Córdoba, siendo la gran mezquita que los moros tuvieron.» No parece estaba descuidado ni distante don Bermudo cuando el desastre de Almanzor en Santiago, pues al ver lo mal parado del ejército moro, le fué picando la retaguardia con tan buen efecto, que fueron muy pocos

(1) Act. SS. Bened. saec. V, pag. 58 et seq.

las ventajas de la nobleza y de la fortuna para abrazar la vida monástica. Levantó Froilan un monasterio en que bajo su direccion fué prior Atilano. Edificó tambien

los que con Almanzor llegaron á Córdoba —Para reparar tamaña pérdida, cree Ortiz que Almanzor necesitaria mas de un año, y que así la nueva jornada contra nuestras provincias no debió de ser hasta 999 ó 1000. Así, luego que tuvo reunida suficiente morisma para sus intentos y para reparar su crédito militar, eclipsado por la pasada fuga y derrota, se puso en marcha para las fronteras cristianas, pues nada menos se habia propuesto que no dejar ni un cristiano en España. Nada de esto ignoraba don Bermudo y así no se descuidó en aprontar ejército capaz de hacer frente á los ímpetus del moro y frustrar su vasto designio. Confederóse con el nuevo conde de Castilla don Saneho García y con don García el Trémulo ó Temblos de Navarra, á quienes valiéndose para ello de la mediacion de algunos celosos monges persuadió de la necesidad de unirse todos, sofocando cada cual sus particulares pretensiones, para acudir al comun peligro y quebrantar el orgullo é insolencia del moro. Juntáronse pues todas las fuerzas militares que por entonces tenia la España cristiana, si no queremos exceptuar las del conde de Barcelona D. Ramon Borrel, que no se dice concurriese. No pudo conducir sus tropas el rey de Navarra en persona por la natural enfermedad que padecía de temblarle las principales partes de su cuerpo, por lo cual era llamado el Temblos ó Trémulo. No así nuestro Bermudo, porque aunque casi privado de movimiento en pies y manos á violencia de la gota y no poder montar á caballo, se mandó llevar en silla de manos al frente del ejército delante de la primera fila para dar el último ejemplo de valor, ó morir en defensa de la Religion y del reino.—En tanto, ya el formidable moro pisaba el país de los Arévacos pasado el Ebro y sentaba su campo en las Navas de Clunia y Osma; y en direccion á este punto púsose nuestra gente en presurosa marcha. Avístanse los dos ejércitos junto á Calatañazor, pueblo á cuatro leguas de Osma, y sin detencion se dá la mas sangrienta batalla que se cita en aquel siglo. Duró todo el dia sin descansar ni declararse la victoria por ninguno, hasta que, cerrada la noche, se recogieron los moros á sus reales y pabellones. Los cristianos, con D. Bermudo á la cabeza, permanecieron ordenados en sus filas y sobre las armas, ignorando la pérdida del enemigo. Durante la noche vió Almanzor por la poca gente que le quedaba, haber perdido setenta mil infantes y cuarenta mil caballos; cosa apenas imaginable en un hombre de su orgullo. Así que, antes de que amaneciese el dia siguiente, se puso en salvo con unos pocos que pudieron seguirle, si bien el cansancio de la batalla les dejaba caminar poco, no faltando tambien heridos y contusos. Amanecido el dia, cuando los cristianos se disponian á nuevo combate, vieron abandonados y desiertos los reales enemigos, que ocupaban mas de una legua, y no se descubria moro alguno en cuanto alcanzaba la vista. Hallaron las tiendas, real y pabellones llenos de víveres, municiones y bagages, y todo el campo cubierto de sangre y de cadáveres de moros. Ocupóse Veremundo en el despojo, y el conde don Sancho siguió y alcanzó los moros fugitivos cansados y medio

despues, mediante la liberalidad de Ramiro III, predecesor de Bermudo, el monasterio de Tábara, y en seguida el de Moreruela, donde reunió mas de doscientos monges, y restableció otras muchas fundaciones monásticas. Eleváronle, por último, á la silla episcopal de Leon, y á Atilano á la de Za-

muertos, en los cuales hizo la mayor carniceria sin peligro ninguno. Huyeron solamente los de á caballo y Almanzor fué uno de ellos; pero fueron tales los ímpetus de sus iras y afrenta de verse vencido y con tanta gente perdida, con la cual creia poder conquistar el mundo, que negándose á tomar alimento, murió desesperadamente en Medinaceli. «Vióse clara, dice Ortiz, la mano del Todopoderoso.» El arzobispo don Rodrigo y don Lucas de Tuy refieren que el mismo dia que así fué vencido Almanzor á mas de noventa leguas de Córdoba, se oyó junto á esta ciudad en la ribera del Guadalquivir una voz lamentable que decía: «En Calatañazor perdió Almanzor su atambor;» y añaden que aunque los de Córdoba veian uno como pastor que así se lamentaba, cuando iban á él desaparecia.—No están acordes los historiadores en señalar el año en que ocurrió esta importante batalla y por consiguiente la muerte de Almanzor; Morales y Mariana creen fué en el año 998: Conde con referencia á historiadores arábes la pone en la Egira 392, que comenzó en 1.º de noviembre del año 1001; y Ortiz reputa muy probable que en este año fué dicha batalla y que á fines de él murió Almanzor. Tambien se ofrecen dudas acerca del año en que murió don Bermudo; Morales y Mariana, que refieren al año 998 la batalla de Calatañazor, ponen la muerte de don Bermudo en 999, fundados quizá en la inscripcion que Alonso V, su hijo, le puso despues en Leon á donde trasladó su cadáver, y que Ortiz dice estar equivocada; pero los Anales compostelanos dicen que murió en 1009, y los anales toledanos, que en 1005, y á esto último se adhiere dicho Ortiz. Como quiera que sea, ello es que no sobrevivió mucho tiempo á aquella memorable victoria, despues de la cual apenas se cuenta de don Bermudo, otra cosa, sino que ya al fin de su vida se ocupó todo en hacer muchas buenas obras para enmienda y satisfaccion de los males que en vida habia hecho: en la iglesia de Santiago y en otras muchas procuró reparar los daños causados por los moros; y aconsejándose mas á menudo con los obispos y abades de su reino, hizo muchas limosnas y otras buenas cosas con mucho sentimiento de penitencia, no siendo la menor de ellas, dice un historiador, el sufrir con paciencia su grave enfermedad y perpétuos dolores de la gota, de la cual murió. La arriba citada inscripcion asegura tambien que D. Bermudo hizo penitencia al fin de su vida: *Iste (D. Bermudo) in fine vitae suae dignam Deo poenitentiam obtulit, et in pace quievit.* Habia fallecido en el Vierzo, y su cuerpo fué depositado en Villabuena, de donde despues su hijo Alonso V, segun ya hemos dicho, le trasladó á Leon. Véanse Morales, lib. XVII, cap. 23 y siguientes; Mariana, lib. 8, c. 9; Ortiz, lib. 7, c. 4; Conde, parte 2, c. XVII. (N. del E.)

mora (990) (a). Ofrecieron un dilatado campo á su caridad las desgracias y las desolaciones de su patria. Pero no alcanzando sus fuerzas y facultades para el socorro de tantos infelices, recurrieron al Todopoderoso y le pidieron con eficacia que tomase la defensa de su pueblo. Confederándose entonces el rey Bermudo con García, rey de Navarra, y Fernan Gonzalez, conde de Castilla, marcharon contra Almanzor, pelearon contra él un dia entero, dispersaron á los infieles, y los obligaron á abandonar armas y bagages para huir con mas celeridad (998). Dicen que Almanzor murió de pesadumbre. Este suceso prodigioso alentó el valor y dió nueva fuerza al poder de los cristianos, pero la posteridad de Bermudo no gozó mucho tiempo de estas ventajas. Despues de los reinados de su hijo Alfonso V, y de su nieto Bermudo III, que murieron en la flor de su edad, quedó estinguida la linea masculina de los reyes de Oviedo, y del gran Recaredo, rey de los godos. Pasó el trono de Leon á Fernando de Navarra, soberano de Castilla, que habia sido erigida en reino por Bermudo III en el año 1033. Dos años despues se condecoró á Aragon con el mismo titulo en favor de Ramiro I, hermano natural de Fernan ó Fernando, y su hijo Sancho Ramirez reunió luego los reinos de Aragon y Navarra (b).

(a) Don Juan de Ferreras en el tomo 5 de su historia sostiene que San Froilan murió en el año 1006 el dia 3 de octubre; y que san Atilano no subió á la Silla de Zamora hasta el 1024, en que fué reedificada aquella ciudad. Morales discrepa de Ferreras en la cuenta de los años en que murieron estos Santos; pero conviene en que no gobernaron á un mismo tiempo sus diócesis.

(N. del E.)

(b) Por la muerte de Bermudo II entró á reinar su hijo Alfonso V, siendo de edad de solos diez años segun unos, de cinco segun otros, y aun de tres segun el Silense. Al principio gobernaron en su nombre don Melendo Gonzalez y su esposa doña Mayor, condes de Galicia, observando suma fidelidad y prudencia durante la minoría del rey, aunque tambien parece tomó mucha parte en el gobierno la reina viuda doña Elvira su madre. Por los años de 1012 segun tan enconadas las disensiones que los moros de

Por este mismo tiempo se estableció en las regiones mas orientales de Europa un nuevo reino que no fué menos ventajoso á la propagacion de la fé (1). Parecia que Esteban, hijo de Geisa (2), duque de Hungría, no habia heredado el poder de su padre sino para hacer que en una nacion que poco antes era tan bárbara reinase entonces Jesucristo con mas gloria. Es cierto que Geisa se habia convertido con su familia, y que habia prometido hacer que abrazasen el cristianismo todos sus vasallos; mas el Dios de paz que eligió en otro tiempo á Salomon con preferencia á David para la exaltacion de su culto, quiso valerse de Esteban mas bien que de Geisa para la ejecucion del proyecto formado por este de consolidar la verdadera Religion, fundando muchas iglesias episcopales. Geisa tuvo un sueño en que le pareció que oía estas palabras: «no ejecutarás tú lo que meditas, porque tus manos están manchadas con sangre; pero tu hijo, que ha sido elegido por el Altísimo, cumplirá tus deseos, y despues de haber reinado en la tierra, reinará en el cielo» (3). Señade que durante la preñez de la duquesa tuvo esta una vision en que se la apareció San Esteban Proto-Mártir, mandándola que pudiese su nombre al niño que habia de dar á luz, y revelándola que seria el primer rey de su nacion. Y en efecto, el principe se llama

España tenían entre sí, que todas sus miras eran destruirse recíprocamente, sin pensar en mover las armas contra los cristianos. Con esto tuvo lugar D. Alfonso de restaurar á Leon y repoblarla con tanta presteza y perfeccion, que en el año 1020 pudo ya celebrarse en ella un Concilio nacional á presencia del rey. Asistieron á este Congreso gran número de prebados, abades y señores de la corte, formaron siete cánones acerca de la disciplina eclesiástica, y cuarenta y dos leyes gubernativas y civiles, siendo así á un mismo tiempo Concilio y Cortes del reino. Véase Ortiz, lib. 1, c. 5, y el tomo 3 de Aguirre, pág. 189. Alfonso V reinó hasta el 5 de mayo del año 1029, que fué el de su muerte, como diremos en las notas al libro XXXI. (N. del E.)

(1) Glab. lib. 3 hist.

(2) Vit. p. Chart. ap. Sur. die 20 August.

(3) Gab. ap. Sur. 28 aug.